

D20

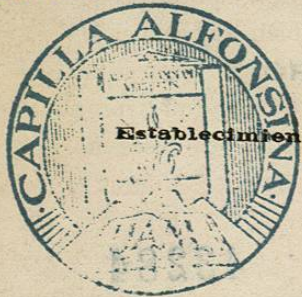
S4

V.3

Esta obra es propiedad de don Manuel Rodríguez, y nadie sin su consentimiento podrá reimprimirla ni traducirla.
Queda hecho el depósito que marca la ley.



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

MADRID

Establecimiento tipográfico de J. Amalio Muñoz, Cuesta de Ramon, 3

HISTORIA UNIVERSAL

EPOCA CUARTA

GUERRAS PÚNICAS

(323 á 134 ántes de J. C.)

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

Introduccion.

Siguiendo el desarrollo histórico, al traves de las épocas trazadas en el plan general de la obra, damos principio á la época cuarta, que comprende del 323 al 134 ántes de Jesucristo.

Á medida que nos vamos acercando al gran acontecimiento de los siglos, á la venida de Jesucristo, la historia reviste cierta sublimidad ignorada á las antiguos pueblos de la tierra, dormidos y como postergados en letargo de degradacion y despotismo.

Recordamos aquí, para más fácil inteligencia de los acontecimientos que vamos á narrar, siguiendo el método que más de una vez hemos indicado de dar unidad en una sola obra al pensamiento de los más distinguidos autores católicos, el resumen compendio y el cuadro trazado sobre esta época en el ingreso de nuestra obra (1).

Cerramos la narracion histórica al final del tomo segundo en el período de la muerte de Alejandro Magno, cuyos funerales, segun fra-

se del mismo conquistador, habian de ser sangrientos.

Así acaeció en efecto. Despues de la muerte de Alejandro Magno, dice Bossuet, su grande y vasto imperio fué dividido.

Perdiccas, Ptolomeo, hijo de Lago, Antígono, Seleuco, Lisímaco, Antipatro y su hijo Casandro, en suma, todos estos capitanes, criados en escuela de tan gran conquistador, pensaron en repartirse los triunfos de aquél; sacrificaron á su ambicion toda la familia de Alejandro, su hermano, su madre, sus mujeres, sus hijos y hasta sus hermanos; no se vieron sino batallas sangrientas y revoluciones espantosas. Muchos pueblos del Asia Menor y de sus vecindades, aprovechándose de tantos desórdenes, se libertaron y formaron los reinos de Ponto, de Bitinia y de Pérgamo, que la bondad del país hizo despues ricos y poderosos. Al mismo tiempo sacudió tambien Armenia el yugo de los macedones, y se hizo un gran reino. Los dos Mitrídates, padre é hijo, fundaron el de Capadocia. Pero las dos más poderosas monarquías que se levantaron entónces, fueron la

(1) Tomo 1.º página 240.

006911



de Egipto, fundada por Ptolomeo, hijo de Lago, de quien provienen los Lagos, y la de Asia ó Siria, fundada por Seleuco, de quien descendieron los Seleucos. Esta comprendía, á más de la Siria, aquellas dilatadas y ricas provincias del Asia Mayor, que componían el imperio de los persas; así todo el Oriente se sujetó á la Grecia, y aprendió su lengua. La Grecia misma estaba también oprimida por los capitanes de Alejandro. La Macedonia, su antiguo reino, que daba dueños al Oriente, era presa del primero que llegaba. Los hijos de Casandro se arrojaron unos á otros de aquel reino. A Pirro, rey de los epirotas, que había ocupado una parte, echó Demetrio Poliorcetes, hijo de Antígono, pero fué despues echado por el mismo Pirro; á Pirro expelió nuevamente Seleuco, á quien Ptolomeo Cerauno, arrojado de Egipto por su padre Ptolomeo I, mató alevosamente, olvidado de sus beneficios. Apénas este pérfido había invadido la Macedonia, cuando fué atacado de los galos, y muerto en una batalla que les dió. Pendientes las turbaciones del Oriente, fueron éstos al Asia Menor, conducidos por su rey Brenno, y se establecieron en la Gallogrecia ó Galacia, llamada así del nombre de ellos, de donde se arrojaron sobre la Macedonia y la talaron, haciendo temblar toda la Grecia. Pero su ejército pereció en la sacrilega empresa del templo de Delfos. Todo lo inquietaba esta nación, en todo era desgraciada. Algunos años ántes del suceso de Delfos, los galos de Italia, á quienes sus guerras continuas y sus victorias frecuentes habían hecho el terror de los romanos, fueron excitados contra ellos por los samnitas, los brucios y los etrurios. Consiguieron desde luégo un nuevo triunfo, pero mancharon su gloria matando los embajadores. Indignados los romanos, marchan contra ellos, los deshacen, entran en sus tierras, donde fundan una colonia, los derrotan otras dos veces, sujetan una parte de ellos y reducen la otra á pedirles paz. Despues que los galos del Oriente fueron echados de la Grecia, Antígono Gonatás, hijo de Demetrio Poliorcetes, que doce años hacia reinaba en la Grecia, aunque con muy poca quietud, invadió sin dificultad la Macedonia. Estaba Pirro ocupado entónces en otra

parte. Arrojado de este reino, esperó satisfacer su ambicion con la conquista de Italia, adonde fué llamado por los tarentinos, á quienes la batalla que contra ellos y los samnitas habían ganado los romanos, no había dejado otro recurso. Consiguió contra los romanos victorias que los arruinaron. Asombráronlos sus elefantes; pero bien pronto les hizo ver el cónsul Fabricio que no era Pirro invencible. Parecía que el rey y el cónsul, áun más disputasen de la gloria de la generosidad, que de la de las armas. Pirro restituyó al cónsul todos los prisioneros sin rescate, diciendo que para hacer la guerra necesitaba del hierro y no del oro, y Fabricio entregó al rey su pérfido médico, que había ido á ofrecerse para envenenar á su señor

Comenzó en estos tiempos la religion y la nacion judaica á sobresalir entre los griegos. Los judíos, bien tratados de los reyes de Siria, vivían tranquilamente segun sus leyes. Antiocho, llamado el Dios, nieto de Seleuco, los esparció por el Asia Menor, desde donde se extendieron á la Grecia, y gozaron en todas partes de los mismos derechos y de la misma libertad que los demas ciudadanos. Ptolomeo, hijo de Lago, los había ya establecido en el Egipto. En tiempo de su hijo Ptolomeo Filadelfo, sus escrituras fueron traducidas en griego, y salió á luz aquella célebre version llamada de los Setenta. Estos fueron ciertos sabios ancianos, que á peticion del rey le envió Eleazaro, sumo pontífice. Algunos dicen que no tradujeron sino los cinco libros de la ley. El resto de los sagrados libros pudo más adelante verse en griego para el uso de los judíos, esparcidos por el Egipto y por la Grecia, donde no sólo olvidaron su antigua lengua, que era la hebrea, sino áun la caldea, que les hizo aprender su cautiverio. Así se hicieron un griego mezclado de hebraismo, que se llama lenguaje helenístico, en que está escrita la version de los Setenta y todo el Nuevo Testamento. Durante esta dispersion de los judíos fué célebre su templo por todo el mundo, y todos los reyes del Oriente allí presentaban sus ofrendas. El Occidente estaba atento á la guerra de los romanos con Pirro. En fin, este rey fué deshecho por el cónsul Curio, y se volvió á Epiro.



No permaneció allí largo tiempo en reposo, y quiso recompensarse en la Macedonia los malos sucesos de la Italia. Antígono Gonatás fué encerrado en Thesalónica, y obligado á abandonar á Pirro todo el resto del reino. Recobró el ánimo, en tanto que Pirro, inquieto y ambicioso, hacia la guerra á los lacedemonios y argivos. Los dos reyes fueron á un tiempo introducidos en Argos por dos inteligencias contrarias y por dos puertas diversas. Dióse en la ciudad una gran batalla: una madre que vió á su hijo perseguido de Pirro, á quien había herido, le mató de una pedrada. Deshecho Antígono de tal enemigo, volvió á entrar en Macedonia, la cual, despues de algunas mudanzas, permaneció pacíficamente en su familia. La liga de los acheos le impidió engrandecerse. Esta fué el último reparo de la libertad de la Grecia, y la que produjo los últimos héroes en Harato y Filopomeno. Los tarentinos, que alimentaba Pirro de esperanzas, llamaron despues de su muerte á los cartagineses. Fuéles inútil su socorro, y quedaron derrotados con los brutios y samnitas, sus aliados. Estos, despues de setenta y dos años de guerra continua, se vieron forzados á sujetarse al yugo de los romanos. Tarento hizo luégo lo mismo. Las ciudades vecinas no pudieron resistir; así todos los pueblos antiguos de la Italia quedaron sujetos. Los galos, frecuentemente derrotados, no osaban moverse. Despues de cuatrocientos ochenta años de guerra, se vieron los romanos dueños de Italia, y comenzaron á extender la vista á lo que sucedía fuera de ella. Concibieron celos de los cartagineses, vecinos muy poderosos por las conquistas que hacían en Sicilia, desde donde acababan de insultar á ellos y á Italia, socorriendo á los tarentinos. La república de Cartago tenía las dos costas del mar Mediterráneo. Á más de la de África, que casi enteramente poseía, se había extendido de la parte de España por el Estrecho. Señora del mar y del comercio, había invadido las islas de Córcega y Cerdeña. La Sicilia se le defendía con dificultad, y la Italia no podía dejar de temer estando tan inmediatamente amenazada. De allí nacieron las dos guerras púnicas, sin embargo de los tratados, mal observados de una y otra par-

te. La primera enseñó á los romanos á pelear en el mar, y fueron desde luégo maestros en un arte que ignoraban. El cónsul Duilio, que dió la primera batalla naval, quedó victorioso. Régulo mantuvo esta gloria y abordó al África, donde tuvo que pelear con aquella prodigiosa serpiente, necesitando emplear contra ella todo su ejército. Todo cede: Cartago, reducida al extremo, sólo se salva por el consejo de Xantippo Lacedemonio. El general romano es derrotado y preso, pero la prision le hace más ilustre que sus victorias. Restituido sobre su palabra para disponer el canje de los prisioneros, sostiene en el Senado la ley que quitaba toda esperanza á los que se dejaban aprisionar, y vuelve á una muerte segura. Dos naufragios espantosos precisaron á los romanos á abandonar de nuevo á los cartagineses el imperio del mar. Duró la victoria largo tiempo dudosa entre las dos naciones, y estuvieron ya los romanos para cederla, pero repararon su armada. Una batalla sola decidió la guerra, y la acabó el cónsul Lutacio. Fué Cartago precisada á pagar tributo y dejar con la Sicilia todas las islas que están entre ella y la Italia. Los romanos ganaron toda la isla, fuera de lo que poseía Hierónimo, rey de Siracusa, su aliado. Fecida la guerra, creyeron perecer los cartagineses por una sublevacion de su ejército. Habíanle compuesto, segun su costumbre, de tropas extranjeras, que se amotinaron por sus pagas. Su cruel dominacion hizo juntar con los amotinados casi todas las ciudades de su imperio, y Cartago, estrechamente sitiada, se hubiera perdido á no tener á Amílcar Barca. Él solo había sostenido la última guerra, y sus ciudadanos le debieron también la victoria que consiguieron contra los rebeldes; pero les costó la Cerdeña, cuya puerta abrió á los romanos la rebelion de la guarnicion. Temerosa Cartago de embarazarse con ellos en una nueva guerra, les cedió, aunque violenta, tan importante isla, y aumentó su tributo. Pensaba restablecer en España su imperio vacilante por la rebelion. Pasó Amílcar á esta provincia con su hijo Anníbal, niño de nueve años, y murió en una batalla. En el curso de otros nueve que con ménos industria que valor hizo allí la



guerra, se criaba su hijo en la escuela de tan gran capitán, y al mismo tiempo concebía un odio implacable contra los romanos. Fué nombrado por sucesor de su padre, Asdrúbal, su parcial, que gobernó muy prudentemente su provincia, y fundó en ella la nueva Cartago, que puso en sujeción á España. Los romanos estaban ocupados en la guerra contra Teuta, reina del Ilirio, que desenfrenadamente ejercitaba la piratería en toda la costa. Desvanecida de las presas que hacía á los griegos y epirotas, menospreció á los romanos y mató sus embajadores. Pero quedó bien presto oprimida, porque no le dejaron los romanos sino una pequeña parte del Ilirio, y ganaron la isla de Corfú, que había ella usurpado. Entónces se hicieron respetar de la Grecia con una solemne embajada, y esta fué la vez primera que fué allí conocido su poder. Los grandes progresos de Asdrúbal les daban celos; pero los galos de Italia les impedían dar providencia á las cosas de España. Cuarenta y cinco años había que se mantenía con quietud esta nación. La juventud que en este tiempo se había criado, como no escarmentada de las pasadas pérdidas, empezaba á amenazar á Roma. Para atacar los romanos con seguridad á tan inquietos vecinos, la tuvieron ántes de los cartagineses. El tratado fué concluido con Asdrúbal, que prometió no extenderse más allá del Ebro. Hizose con furor la guerra de una parte á otra entre los romanos y galos; los trasalpinos se juntaron á los cisalpinos; todos fueron derrotados. Concolitano, uno de los reyes galos, fué preso en la batalla. Aneroesto, otro rey, se suicidó. Los romanos, victoriosos, pasaron el Pó por primera vez, resueltos á quitar á los galos las vecindades de aquel río, de que tantos siglos había estaban en posesión. Acompañólos la victoria por todas partes. Fué tomada Milan y sujetado casi todo el país. En este tiempo murió Asdrúbal, y fué puesto en su lugar Anníbal, aunque de edad de veinticinco años. Desde entónces se previó la guerra. El nuevo general intentó descubiertamente sujetar la España, sin hacer aprecio de los tratados. Escuchó entónces Roma los lamentos de Sagunto, su aliada. Los embajadores romanos van á Cartago. Los

cartagineses, restablecidos, no estaban ya en ánimo de ceder. La Sicilia, arrebatada de sus manos, la Cerdeña, injustamente quitada y el tributo aumentado, les tenían penetrado el corazón. Así, la facción que deseaba se abandonase á Anníbal, se halló débil. Este general pensaba en todo. Estaba asegurado por secretas embajadas de los galos de Italia, que no hallándose ya capaces de intentar nada con sus propias fuerzas, habían abrazado esta ocasión de restablecerse. Anníbal atraviesa el Ebro, los Pirineos, toda la Galia trasalpina, los Alpes, y cae como en un momento sobre la Italia. No faltan los galos á fortificar su ejército, y hacen el último esfuerzo por su libertad. Cuatro batallas perdidas hacen creer próxima la caída de Roma, Sicilia sigue el partido del vencedor. Hierónimo, rey de Siracusa, se declara contra los romanos; casi toda Italia los abandona, y parece que el postrero recurso de la república perezca en España con los dos Scipiones. En peligros tan extremos, debió Roma su salud á tres hombres grandes. La constancia de Fabio Máximo, que mostrándose superior á las voces populares hacia la guerra con retirarse, fué un baluarte de su patria. Marcelo, que hizo levantar el sitio de Nola y tomó á Siracusa, dió vigor á sus tropas con estas acciones. Pero aunque Roma admiraba estos dos grandes hombres, creía ver en el jóven Escipion señales de mayor heroicidad. El maravilloso suceso de sus consejos confirmó la opinion recibida, de que procedía de estirpe divina y que conversaba con los dioses. De edad de veinticuatro años emprende el viaje á España, donde su padre y tío acababan de perecer. Ataca la nueva Cartago, como movido de cierto interior impulso, y desde luego la toman sus soldados. Cuantos le ven quedan ganados para el pueblo romano. Los cartagineses le dejan la España; á su arribo al África, se le dan los reyes; Cartago también tiembla, y ve deshechos sus ejércitos. Anníbal, victorioso en el curso de diez y seis años, es sin fruto llamado y no puede defender su patria. Dale Escipion la ley; el renombre de Africano es su recompensa. Habiendo el pueblo romano abatido los galos y africanos, no halla más que temer, y guerrea en adelante sin peligro.



Á la mitad de la primera guerra púnica, Teodoro, gobernador de la Bactriana, quitó mil pueblos á Antioco, llamado el Dios, hijo de Antioco Sotero, rey de Siria. Casi todo el Oriente siguió su ejemplo. Los partos se rebelaron bajo la dirección de Arsaces, cabeza de la familia de los Arsacides y fundador de un imperio, que se extendió poco á poco por toda el Asia Mayor.

Los reyes de Siria y los de Egipto, encarnizados los unos contra los otros, no pensaban sino en arruinarse recíprocamente, ó por fuerza ó por engaño. Damasco y su territorio, que se llamaba la Cælo-Siria y confinaba con los dos reinos, fué el motivo de sus guerras; y los negocios del Asia estaban del todo separados de los de Europa.

En el curso de todos estos tiempos, florecía en Grecia la filosofía. La secta de los filósofos itálicos, la de los jónicos, la llenaban de hombres célebres, entre los cuales se mezclaron muchos extravagantes, que también debieron á la curiosa Grecia el nombre de sabios. En tiempo de Ciro y de Cambises comenzó Pitágoras la secta itálica en la grande Grecia, en los contornos de Nápoles. Poco después, en el mismo tiempo, Thales Milesio formó la secta jónica. De allí salieron aquellos grandes filósofos Heráclito, Demócrito, Empedocles, Parmenides, Anaxágoras, que un poco ántes de la guerra del Peloponeso hizo ver construido el mundo por un Espíritu Eterno; Sócrates, que un poco después dirigió la filosofía al estudio de las buenas costumbres, y fué el padre de la filosofía moral; Platon; su discípulo, jefe de los académicos; Aristóteles, discípulo de Platon y maestro de Alejandro, cabeza de los peripatéticos; bajo los sucesores de Alejandro, Zenon, llamado Cittio, de una ciudad de la isla de Chipre, en que había nacido, jefe de los estoicos, y Epicuro, ateniense, cabeza de los filósofos que llevan su nombre, si pueden llamarse filósofos los que descubiertamente negaban la Providencia, y que ignorando todo lo que es obligación, definían la virtud por el placer. También se puede contar entre los mayores filósofos á Hipócrates, padre de la medicina, que sobresalió entre los demás en estos

tiempos felices de la Grecia. Los romanos tenían al mismo tiempo otra especie de filosofía, que no consistía en disputas ni discursos, sino en la templanza, en la pobreza, en los trabajos de la vida rústica y en los de la guerra, en que todos tenían por propia la gloria de su patria y del nombre romano, y esto al fin les hizo dueños de Italia y de Cartago.

El año de 552 de la fundación de Roma, cerca de 250 después de la del imperio de los persas, y 202 ántes de Jesucristo, quedó Cartago sujeta á los romanos. No dejaba Anníbal de suscitarles secretamente enemigos donde podía; pero no hizo más que envolver todos sus amigos antiguos y modernos en la ruina de su patria y suya. Por las victorias del cónsul Flaminio, Felipe, rey de Macedonia, aliado de los cartagineses, fué abatido; los reyes de Macedonia estrechados, y la Grecia libertada de su yugo. Intentaron los romanos la ruina de Anníbal, que áun vencido les era formidable enemigo. Reducido este gran capitán á salvarse de su país, conmovió el Oriente contra ellos, y atrajo sus armas al Asia. Por sus eficaces razonamientos entró Antioco, llamado el gran rey de la Siria, en celos de su poder, y les hizo guerra; pero aunque se dejó llevar de ellos para el empeño, no abrazó sus consejos para la dirección. Derrotado por mar y tierra, recibió la ley que le impuso el cónsul Lucio Escipion, hermano de Escipion Africano, y fué encerrado en el monte Tauro. Refugiado Anníbal en la corte de Prusias, rey de Bitinia, se escapó de los romanos con el veneno. Hácense formidables á todo el mundo, y no quieren sufrir otro poder que el suyo. Los reyes estaban obligados á darles sus hijos en prenda de su fe. Antioco, llamado después el Ilustre, ó Epifanes, hijo segundo de Antioco, el gran rey de la Siria, estuvo largo tiempo en Roma con este carácter; pero hácia el fin del reinado de Seleuco Filopator, su hermano mayor, fué restituido, y quisieron los romanos tener en su lugar á Demetrio Sotero, hijo del rey, de edad entónces de diez años. Murió Seleuco en este contratiempo, y Antioco usurpó el reino á su sobrino. Los romanos estaban aplicados á las cosas de Macedonia, donde Perseo inquietaba